Diario de Mallorca

MIÉRCOLES, 28 DE OCTUBRE DE 2026

C/ Puerto Rico 15 (Nou Llevant) 07006 Palma | 971 170 300 | www.diariodemallorca.es

Editora Balear S. A. Adaptado a la protección de datos por PRODAT. Todos los derechos reservados. Prohibida toda reproducción a los efectos del artículo 32,1, párrafo segundo, LPI. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

En la frontera

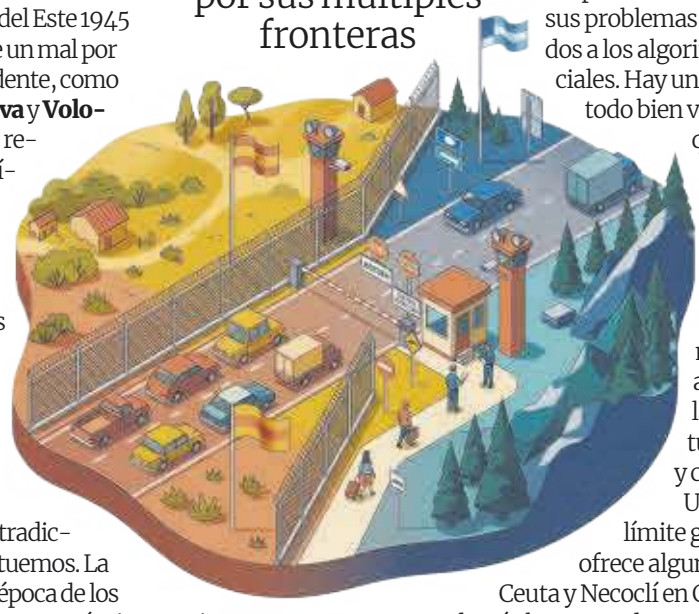


LAS CUENTAS DE LA VIDA

DANIEL CAPÓ

La realidad ofrece distintos rostros, al igual que la historia. Para los occidentales, la II Guerra Mundial supuso la victoria del bien sobre el mal. Sin embargo, para los europeos del Este 1945 significó la sustitución de un mal por otro distinto. Resulta evidente, como señalan **Tetyana Ogárkova** y **Volodímir Yermolenko** en su reciente libro La vida en el límite. Ser ucraniano hoy (Ed. Libros del Asteroide), que «cada fin de la historia es, en realidad, un nuevo comienzo». Los países, las sociedades y especialmente las personas que viven en la frontera lo entienden mejor que nadie. La realidad se mueve de forma paralela, y a menudo contradictoria, según donde nos situemos. La era de la IA es también la época de los desplazados. El crecimiento económico convive con las nuevas grietas sociales, con el envejecimiento demográfico y con el reemplazo migratorio. Son fronteras. También la historia va y vuelve: regresa mutada como amenaza o como promesa. Lo que Ogárkova y Yermolenko ha escrito sobre la ideología terminal de **Vladimir Putin** sirven para iluminar esta idea: «El putinismo es el brezhnevismo que aspira a convertirse en estalinismo. Presenta todas las características del fascismo menos una: el fascismo era la ideología de los jóvenes, mientras que el putinismo es la de los viejos. Viejos a los que se habría vaciado de toda energía vital, transformados en almas muertas, gogolianas».

Vivimos en un tiempo definido por sus múltiples fronteras



Las fronteras son porosas, de tal modo que todo puede retornar: tanto la civilización como la barbarie. Por eso mismo, la UE se juega la supervivencia de tantos de sus valores en Ucrania; por eso también se replantea la pregunta por la juventud en Occidente. El putinismo es la ideología de los viejos, hemos leído. Es la retórica del miedo conservador hacia los cambios acelerados que desplazan el mundo que conocemos en favor de otro muy distinto, no siempre mejor. ¿Y qué sucede con los jóvenes? Lo vemos en la acampada en Sol, en la violencia estudiantil que ha tomado las calles de las principales ciudades francesas, de Milán, de Bruselas... «La idea que tiene el putinismo del futuro es un regreso al pasado», insisten Ogárkova y Yermolenko; pero los jóvenes no puede volver a un pasado que les ha fallado en tantos aspectos: en el acceso a la vivienda y al trabajo, en la calidad educativa y la emergencia climática, en su dificultad para asumir responsabilidades y sus problemas de atención vinculados a los algoritmos de las redes sociales. Hay una ira latente –no del todo bien verbalizada– que quiere negar por completo el pasado sin saber muy bien qué es lo que se propone. La realidad sencillamente se ha vuelto complicada, de forma muy especial para aquellos que viven en la frontera de la sustitución. En cierto modo y cada vez más, todos. Ucrania no es el único límite geográfico que nos ofrece alguna lección. También Ceuta y Necoclí en Colombia o El Paso en Texas. Además hay otras demarcaciones: las definidas por el uso de las IA o la incapacidad para hacerlo, por la vivienda en propiedad o la okupación, el trabajo fijo o el precario, el género o la religión, la exclusión identitaria o la integración. Tanto en un mundo rígido como en otro fluido, las fronteras adquieren una relevancia especial. Prestarles atención no significa saber responder a sus múltiples interrogantes. Pero es un primer paso si no queremos ser fagocitadas por ellas. Para un país como España –fronterizo en todos los sentidos–, resulta especialmente prioritario. La pugna entre el PSOE y el PP del 29 N también nos habla de este desafío. ■



